

midad con el estado de la enseñanza.

¿Dónde están las investigaciones que permitan señalar la raíz del mal?

¿Cuándo se hicieron? ¿Quién las hizo? ¿Cómo? ¿Qué revelan?

¿Trátase de investigaciones técnicas, o de meras, fragmentarias indagaciones? ¿O se trata de opiniones personales, más o menos vagas, más o menos contradictorias, más o menos interesadas, más o menos autorizadas?

De otra parte ¿se ha oído a los maestros y se han compulsado sus afirmaciones? ¿Se han leído, oído, discutido sus informes, quejas y opiniones? ¿Se han ensayado los remedios por ellos propuestos?

El público parece ignorar que ninguno, de ordinario, se conforma menos que el maestro con el estado de las escuelas.

Hay angustiosas quejas de los maestros en sus informes. Hay importantes revelaciones de los maestros en sus informes. Hay admirables observaciones, sugerencias fecundas, oportunos intentos de solución.

Y por sobre todo eso hay, en muchos casos, hasta heroicos empeños de remediar el mal.

Existe entonces, se nos dirá. Claro. Y el maestro lo sabe mejor que los demás, y busca con afán, como demarcarle los límites, y, he aquí lo realmente grave, está casi solo contra todos en la faena difícilísima de desarraigarlo. Cómo será de importante, de imprescindible, este aspecto de la cooperación con el maestro, y qué grave será nuestra situación a ese efecto, cuando en los mismos Estados Unidos, donde la cooperación realiza maravillas, lamentaba el Secretario de la Asociación Nacional de Educación, la falta que le hace a la escuela para dar lo que de ella se espera.

¿Saben los impugnadores del maestro cuántas escuelas hay en el país, con cuántos niños y en qué condiciones físicas, mentales, morales, sociales, con cuántos maestros, con cuáles obstáculos, de toda especie, dentro y fuera del aula, localizados en el niño, en el hogar, en la comunidad, en la Junta de Educación, en la administración escolar, etc., etc., etc?

No. Inculpar al maestro y sólo al maestro es un error monstruoso. Tanto valdría imputarle a los empleados de aduana el decrecimiento de los ingresos por importación. Y al comparar así, dicho sea sin deprimir a nadie, pierde el maestro, porque no le cobran sólo la merma de las entradas, sino todo el malestar económico; y porque, condenado a ser un funcionario, lo es de tal manera que, sin haber adquirido un verdadero *status* profesional, se le trata como si lo poseyera y se le niega cuanto le permitiría conquistarlo. Para exigirle responsabilidades se le trata como a un apóstol y para darle lo que pudiera facultarlo para afrontarlas dignamente, se le trata cual a un miserable que de toda virtud y mérito careciese.

La educación, la escuela, es vasta y compleja obra social y, en lo tanto, de cooperación. Desconocer la responsabilidad de cada ciudadano en ella, es obstruir el camino de

las soluciones serias. La escuela mala no es sino un signo inequívoco de una organización social, política y administrativa, mala también. Y atacar a la escuela en el momento en que pide dinero, para no dárselo, es acusar un desconocimiento básico del problema. Negarle oro a la escuela porque por deficiente no lo merece, equivale a negarle agua a la tierra de cobradío pretextando que está agrietada de sequía. Los norteamericanos, que de hacienda y de educación entienden de veras, casi sólo una gran solución le dan al problema educacional que la guerra les ha planteado: ¡dinero, dinero, dinero! Es un hermoso discurso el que pronuncia—por ejemplo—el Presidente de la Universidad de Colgate, Cutten, en la inauguración de cursos, en octubre. Habla, a lo que parece, inspirándose en los Adams, de la reconstrucción de la democracia norteamericana, pero por más que el concepto se eleve a las más altas consideraciones especulativas, se siente que no pierde de vista la corriente de oro puesta al servicio de la renovadora corriente de ideas.

Recordamos que algún educador pedía

para las escuelas ideales, maestros ideales, planes y métodos ideales, pero también discípulos ideales. Padres de familia ideales podrían pedirse también, y ciudadanos ideales, y gobiernos ideales.

No. Ni de palabra se cometa el atentado de cerrar escuelas. Menos en nombre de los caminos. Cuando la escuela ascienda a ser lo que es deseable, por la obra de lo que se le dé, tendremos suficientes caminos y mejores caminos.

De la puerta de la escuela partirán ellos hacia los horizontes, y de ella saldrán, sobre los caminos, hacia el porvenir, las generaciones mejores que, engrandeciendo a las presentes, debemos preparar. Escuelas y caminos, caminos son los dos, unos cruzan la tierra, otros el espíritu, pero ambos, concertándose, confluyen en los abiertos horizontes de la riqueza y de la independencia. Mas, nada de ello, ni lo más pequeño, encontrará el superior ambiente que tales gestaciones reclaman, en el seno pétreo de la ignorancia.

OMAR DENGÓ

Heredia, diciembre de 1922.

Los poetas nuevos

EDUARDO URIBE

[Eduardo Uribe es un poeta muy joven, hijo del recordado escritor colombiano JUAN DE DIOS URIBE].

JARRÓN DE LUZ Y VIDA

¡Oh! Si pudiera ser el hábil alfarero
que de la greda ruda talla fino florero,
que más tarde, en la alcoba de una mujer
[hermosa

lucirá con donaire la gracia de una rosa;
modelador humilde, con tenaz energía,
de mi cuerpo yo haría
el vaso más preciado
que un refinado artista nunca hubiera
[soñado;

jarrón de luz y vida
donde mi *Psiquis* fuese la rosa siempre
[erguida.

Jarrón de luz y vida, destinado ¡oh la suerte!
para adornar la alcoba fúnebre de la Muerte.

LA TRAGEDIA DEL FAUNO

I

En la penumbra azul de la glorieta
del florido jardín, casi escondida,
hay una hermosa estatua que interpreta
de un viejo fauno la salvaje vida.

Vetusto rey de pámpanos ceñido
que en la floresta vive delirante,
hoy prisionero en mármol, aterido,
eternamente solo, agonizante.

Lleva una vida de martirio; en nada
fija su ruda y díscola mirada
abstraída en un vago abatimiento.

Los días pasa triste, pensativo:
su espíritu se torna más esquivo
conforme se aquilata su tormento...

II

A refrescar su cuerpo de las ondas
en la fuente, con paso sigiloso,
una mujer avanza entre las frondas,
suelto el cabello, el traje vaporoso.

Llega a la orilla, se desnuda y luego
de extasiarse admirando su belleza,
las ondas rasga como un leve pliego,
sin hundir su magnífica cabeza...

Es un lirio carnal aquel divino
lánguido cuerpo de contorno fino,
resumen de tragedias y pecados...

Senos erectos de blancor de armiño
que libres ya del raso del corpiño
tiemblan al ser del agua acariciados...

III

En tanto el viejo Fauno sibarita,
ebrio de amor, colérico, lascivo,
mira la blanca desnudez maldita
con amargo mirar, implorativo.

Siente en su cuerpo arder —cual una pira—
sus venas, en histérico delirio,
y cuanto más la bella ninfa mira
tanto más se agiganta su martirio...